

CAPITULO LXXIV.

DESCRIPCION DE SAMOS. POLICRATES.

Quando se entra en la rada de Samos, se ve á la derecha el promontorio de Neptuno, sobre el cual hay un templo de este dios; á la izquierda el templo de Juno, y otros muchos y hermosos edificios, esparcidos por entre los árboles que hacen sombra á las orillas del Imbraso; enfrente la ciudad colocada en parte á lo largo de la ribera, y en parte en la falda de un monte que se levanta al lado del norte.

La isla tiene seiscientos estadios de circunfe-

rencia*. Todas las producciones del terreno, excepto el vino, son tan excelentes, como las perdices y las diferentes especies de caza que abundan en ella. Los montes cubiertos de árboles y de una verdura perpetua, hacen brotar en sus faldas las fuentes que fertilizan los campos vecinos.

La ciudad sobresale entre cuantas poseen los Griegos y bárbaros en el continente inmediato. Se apresuraron á enseñarnos las singularidades de ellas. Llevaron nuestra atencion el acueducto, el muelle y el templo de Juno.

No lejos de las murallas, hácia la parte del norte, hay una gruta abierta á mano, en un monte horadado de parte á parte. El largo de esta gruta es de siete estadios*, su altura y an-

* Veinte y dos leguas, y mil y setecientas toesas : (cerca de 20 leguas de España.)

Estrabon, Agatémero, Plinio é Isidoro, varían sobre la circunferencia de Samos. Segun el primero, tiene seiscientos estadios, que hacen veinte y dos leguas nuestras y mil setecientas toesas, cada legua de dos mil y quinientas toesas : (cerca de 20 leguas de España); segun el segundo, seiscientos treinta estadios, ó veinte y tres leguas y dos mil treinta y cinco toesas : (cerca de 21 leguas de España); segun Plinio, ochenta y siete millas romanas, esto es, veinte y seis leguas y setecientas setenta y dos toesas : (un poco mas de 23 leguas de España); en fin, segun Isidoro, cien millas romanas, es decir, ochocientos estadios, ó treinta leguas y seiscientas toesas : (cerca de 26 leguas y media de España.) Es comun hallar estas diferencias en las medidas antiguas.

** Siete estadios hacen seiscientas sesenta y una toesas, tres pies

chura de ocho pies. En toda su extension hay abierto un canal de tres pies de ancho, y veinte codos de profundidad *. Desde una fuente abundante que está detras del monte, viene el agua á Samos por encañados puestos en el fondo del canal.

El muelle es una calzada que sirve para poner el puerto y los barcos al abrigo del viento de mediodia. Su altura es de cerca de veinte orgias, y su longitud de mas de dos estadios **.

A la derecha de la ciudad, en el arrabal, está el templo de Juno, edificado, segun se dice, por los tiempos de la guerra de Troya, y reedificado en estos últimos por el arquitecto Reco : es de orden dórico. Yo no he visto otro mayor; aun-

y ocho lineas : ocho pies griegos hacen siete nuestros con seis pulgadas y ocho lineas : (7 estadios hacen 4,628 pies y nueve pulgadas de España; y 8 pies griegos hacen 8 pies, 9 pulgadas, y cerca de 9 lineas de España.)

* Tres pies griegos son dos nuestros y diez pulgadas; veinte codos, veinte y ocho pies y cuatro pulgadas : (3 pies griegos son 3 pies, 5 pulgadas, y 7 lineas de España : 20 codos equivalen á 33 pies y 6 lineas de España.) Se puede creer con algun fundamento que la gruta se destinó primeramente para camino público, y cuando despues se determinó traer á Samos las aguas de la fuente, cuyo nivel era mas bajo que la gruta, se aprovechó el trabajo hecho, y no se hizo mas que abrir el canal de que se trata.

** Veinte orgias hacen ciento y trece pies nuestros y cuatro pulgadas; y dos estadios ciento ochenta y nueve toesas : (20 orgias hacen 152 pies y 2 pulgadas de España : 2 estadios hacen 1.322 pies y 6 pulgadas de España.)

que los hay mas hermosos *. Está situado no lejos del mar, á las márgenes del Imbraso, en el sitio mismo que la diosa honró con sus primeras miradas. En efecto, se cree que nació bajo uno de aquellos arbustos, llamados *agnus castus*, muy comunes en aquella ribera. Este edificio tan célebre y respetable, ha gozado siempre del derecho de asilo.

La estatua de Juno nos ofreció los primeros ensayos de la escultura; es obra de Esmilis, uno de los mas antiguos artistas de la Grecia. El sacerdote que nos acompañaba nos dijo que un simple leño recibia antes los homenajes de los Samios en estos lugares santos, pues en otro tiempo se representaba en todas partes á los dioses por troncos de árboles, ó por piedras cuadradas, ó redondas, ó cónicas; y todavía duran algunos de estos simulacros groseros, y son venerados en muchos templos antiguos y modernos, y servidos por ministros tan ignorantes, como aquellos Escitas bárbaros que adoran una cimitarra.

Aunque me picó esta reflexion, yo le representé con dulzura, que los troncos de los árboles y las piedras nunca fueron objeto inmediato del culto, sino solamente signos arbitrarios, al re-

* Todavía hay restos en Samos de un templo antiguo; mas parece que no son de uno de que habla Heródoto.

dedor de los cuales se juntaba la nacion para dirigir sus votos á la divinidad. No basta eso, me respondió, es preciso que la divinidad se muestre reyestida de un cuerpo semejante al nuestro, y con semblante mas augusto y magestuoso. Ved con qué respeto se postran los hombres delante de las estatuas del Júpiter de Olimpia, y de la Minerva de Atenas. Eso es, repliqué yo, porque están cubiertas de oro y marfil. Haciendo los dioses á nuestra imagen, en lugar de elevar el espíritu del pueblo, no quereis mas que mover sus sentidos; y de esto nace, que su piedad se aumenta en razon de la belleza, grandeza, y riqueza de los objetos expuestos á su veneracion. Si adornaseis vuestra Juno, veriais multiplicarse las ofrendas á pesar de lo tosco del trabajo.

Convino en ello el sacerdote; y despues le preguntamos qué significaban dos pavos reales de bronce puestos al pie de la estatua; á lo que nos dijo, que estas aves gustan mucho de la isla de Samos, y han sido consagradas á Juno, y las representan en la moneda corriente; y que desde esta isla han pasado á la Grecia. Le preguntamos que para qué servia un cajon, en que se levantaba un arbusto. Este es, nos dijo, el mismo *agnus castus*, que sirvió de cuna á la diosa; el cual tiene todo su verdor, añadió, y eso que es mas viejo que el olivo de Atenas, que la palma de Delos, que la encina de Dodona, que el ace-

buche de Olimpia, que el plátano que Agamenon plantó por sí mismo en Delfos, y que todos los demas árboles sagrados que hace siglos se conservan en diferentes templos*.

Preguntamos por qué estaba la diosa con vestido de boda, y nos respondió que porque se casó con Júpiter en Samos. La prueba es clara, añadió; pues tenemos una fiesta en la que celebramos el aniversario de su himeneo. Igualmente se celebra en la ciudad de Cnosa en Creta, dijo Estratónico, y los sacerdotes me aseguraron que se habia celebrado á las márgenes del rio Teron. Tambien os advierto, que las sacerdotisas de Argos quieren quitar á vuestra isla el honor de haber dado nacimiento á la diosa, así como otros paises se disputan el de haber sido la cuna de Júpiter. Yo me veria embarazado si tuviera que cantar con mi lira, ó su nacimiento ó su matrimonio. Nada de eso, respondió el sacerdote; pues os conformariais con la tradicion del pais: no son tan escrupulosos los poetas. Pero deberian serlo los ministros del altar, repliqué yo. Adoptar opiniones falsas y absurdas, no es mas que falta de conocimientos; adoptarlas contradictorias é inconguientes, es una falta de ló-

* Parece que todos estos árboles estaban en cajones, y lo infiero por el de Samos. En la medalla citada arriba hay un cajon sobre las gradas del vestibulo.

gica; y siendo esto así, no se debe motejar á los Escitas porque se postran ante una cimitarra.

Paréceme, dijo el sacerdote, que sois instruido, y así voy á revelaros mi secreto. Cuando hablamos del nacimiento de los dioses, entendemos el tiempo en que su culto fué recibido en el pais; y por su matrimonio la época en que el culto del uno se asoció al del otro. ¿Y qué entendéis por su muerte? dijo Estratónico; porque yo he visto en Creta el sepulcro de Júpiter. En eso recurrimos á otro efugio, respondió el sacerdote. Los dioses se aparecen algunas veces á los hombres en nuestra propia forma; y despues de haber estado algun tiempo con ellos para instruirlos, desaparecen y se suben al cielo. En otro tiempo acostumbraban á manifestarse en Creta; y de allí salian para recorrer el mundo. Ibamos á replicarle; pero él tomó el prudente partido de retirarse.

Vimos despues aquel monton de estatuas que hay en torno del templo. Contemplamos con admiracion tres estatuas colosales, hechas por el célebre Miron, puestas sobre una misma basa, y que representan á Júpiter, Minerva y Hércules*. Vimos el Apolo de Telecles y de Teodoro, dos

* Marco Antonio las hizo trasladar á Roma; y algun tiempo despues Augusto volvió á enviar las dos á Samos, y se quedó con el Júpiter.

artistas que habiendo aprendido en Egipto los principios del arte, aprendieron tambien de sus maestros á asociarse para una misma obra. El primero vivia en Samos, y el segundo en Efeso. Despues de haberse convenido en las proporciones que debia tener la figura, se encargó uno de la parte superior y otro de la inferior. Reunidas despues vinieron tan bien, que se creeria que eran de la misma mano. Sin embargo, es preciso convenir en que no habiendo hecho todavia muchos progresos la escultura, este Apolo es mas recomendable por la exactitud de las proporciones, que por la belleza de los pormenores.

El samio que nos contaba esta anécdota, añadió: hácia el fin de la guerra del Peloponeso cruzaba Alcibiades en nuestras costas con la armada de los Atenenses, quien favoreció al partido del pueblo, y este le erigió esta estatua. Algun tiempo despues, Lisandro, gefe de la armada de los Lacedemonios, se apoderó de Samos, y restauró la autoridad de los ricos, quienes enviaron su estatua al templo de Olimpia. Despues volvieron con fuerzas superiores dos generales atenienses, Conon y Timoteo, y veis aqui las dos estatuas que les erigió el pueblo; y veis aqui tambien el sitio que destinamos á la de Filipo para cuando tome nuestra isla. Deberiamos por cierto avergonzarnos de esta bajeza, pero en esto somos como los habitantes de las islas veci-

nas, y como la mayor parte de las naciones griegas del continente, sin exceptuar los Atenienses. El odio que en todas partes ha habido entre los ricos y los pobres, ha destruido los resortes del honor y de la virtud. Dió fin con estas palabras: un pueblo que por espacio de dos siglos ha agotado su sangre y sus tesoros para procurarse algunos momentos de una libertad mas pesada que la esclavitud, es disculpable de buscar el reposo, principalmente cuando el vencedor no exige mas que dinero y una estatua.

Los Samios son el pueblo mas rico y mas poderoso de cuantos componen la confederacion jónica. Son de grande ingenio, industriosos y activos; y así es que su historia suministra puntos interesantes para la de las ciencias, artes y comercio. Entre los hombres célebres que ha producido la isla, citaré á Creófilo, que mereció, segun dicen, el agradecimiento de Homero, dándole acogida en su miseria, y el de la posteridad, conservándonos sus escritos; á Pitágoras, cuyo nombre solo bastaria para ilustrar el mejor siglo y el mayor imperio. Despues de este último pondremos, aunque en un grado inferior, á dos contemporaneos suyos, Reco y Teodoro, escultores hábiles para aquel tiempo, quienes despues de haber perfeccionado, segun se dice, la regla, el nivel y otros instrumentos útiles, descubrieron el secreto de forjar estatuas de

hierro, y nuevos modos para fundirlas de cobre.

La tierra de Samos no solamente tiene propiedades, de que usa la medicina, sino que bajo la mano de muchos artifices se convierte tambien en vasos muy estimados en todas partes.

Los Samios se dedicaron desde muy temprano á la navegacion, é hicieron en otro tiempo un establecimiento en el alto Egipto. Hace cerca de tres siglos, que uno de sus barcos mercantes que iba á Egipto, fué arrojado por los vientos contrarios mas allá de las columnas de Hércules á la isla de Tarteso, situada en las costas de la Iberia, desconocida hasta entonces de los Griegos. Se hallaba allí oro en abundancia; y los habitantes, que no conocian su precio, le prodigaron á estos extrangeros, quienes en cambio de sus géneros, trajeron riquezas valuadas en sesenta talentos *, suma exorbitante entonces, y que costaria trabajo juntar en una parte de la Grecia. Se sacó el diezmo, y se destinó para ofrecer en el templo de Juno una gran copa de bronce que dura todavia. Los bordes están adornados con cabezas de grifos; y está sostenida por tres estatuas colosales puestas de rodillas, y de la pro-

* Trescientas veinte y cuatro mil libras: (mas de un millon y 200,000 rs. vn.)

porcion de siete codos de altura *. Este grupo es tambien de bronce.

Desde entonces ha ido Samos aumentando y ejercitando su marina. Salieron muchas veces de sus puertos escuadras respetables, y conservaron por algun tiempo su libertad contra los esfuerzos de los Persas, y de las potencias de la Grecia, ansiosas por reunirla á su dominacion; pero se vieron levantarse en su seno repetidas divisiones, y despues de largos debates se estableció por fin la tiranía; lo cual sucedió en tiempo de Policrates.

Recibió este de la naturaleza grandes talentos, y de su padre Eaces grandes riquezas. Este último habia usurpado el poder supremo, y su hijo resolvió apoderarse de él. Comunicó sus pensamientos con dos hermanos suyos, que creyeron deber entrar en la conspiracion como asociados suyos, y no fueron mas que instrumentos. Habiéndose puesto sus partidarios en los sitios señalados en el dia en que se celebra la fiesta de Juno, se echaron unos sobre los Samios, reunidos al rededor del templo de la diosa, y asesinaron á muchos; otros se apoderaron de la ciudadela, y se mantuvieron en ella con el auxilio de algunas tropas enviadas por Ligdamis, tirano de Naxos. Dividiéronse la isla entre los tres her-

* Unos diez pies: (11 pies y medio de España.)

manos; y poco despues cayó del todo en manos de Policrates, quien condenó al uno á muerte, y al otro á destierro.

Emplear para mantener el pueblo en la obediencia, ya las fiestas y espectáculos, ya la violencia y crueldad: distraerle del sentimiento de sus males, conduciéndole á conquistas brillantes, y del de sus fuerzas sujetándole á trabajos penosos*: apoderarse de las rentas del Estado, y algunas veces de las posesiones de los particulares: rodearse de satélites, y de un cuerpo de tropas extrangeras: encerrarse en caso necesario en una ciudadela fuerte: saber engañar á los hombres, y burlarse de los juramentos mas sagrados; tales fueron los principios que gobernaron á Policrates despues de su elevacion. La historia de su reinado se podria intitular: arte de gobernar para el uso de los tiranos.

Sus riquezas le pusieron en estado de armar cien galeras que le aseguraron el imperio del mar, y sujetaron á él muchas de las islas vecinas y algunas ciudades del continente. Sus generales tenian una orden secreta de llevarle, no solamente los despojos de sus enemigos, sino tambien los de sus amigos, quienes los pedian des-

* Aristóteles dice que en los gobiernos despóticos se hace trabajar al pueblo en las obras públicas para mantenerle en la dependencia. Entre otros ejemplos cita el de Policrates, y el de los reyes de Egipto, que hicieron levantar las pirámides.

pues, y los recibian de su mano como señal de su afecto y generosidad.

Durante la paz, los habitantes de la isla y los prisioneros de guerra juntos ó separados, añadian nuevas obras á las fortificaciones de la capital, abrian fosos al rededor de sus muros, levantaban en lo interior los monumentos que adornan á Samos, que fueron hechos por los artistas que Policrates trajo á sus Estados á toda costa.

Igualmente atento á proteger las letras, reunió cerca de su persona á los que las cultivaban; y en su biblioteca las mejores producciones del espíritu humano. Entonces se vió un contraste notable entre la filosofia y la poesia. Mientras Pitágoras, incapaz de tolerar el aspecto de un déspota bárbaro, huia de su patria oprimida, Anacreonte traia á Samos las gracias y los placeres. Logró fácilmente la amistad de Policrates, y le celebró con su lira, con el mismo ardor que si hubiera cantado el mas virtuoso de los príncipes.

Queriendo Policrates multiplicar en sus Estados las mejores castas de animales domésticos, mandó traer perros de Epiro y de Lacedemonia, cerdos de Sicilia, cabras de Esciros y de Naxos, ovejas de Mileto y Atenas; pero como solamente hacia el bien por ostentacion, introducía al mismo tiempo entre sus súbditos el lujo y los vicios asiáticos. Sabia que en Sardes, capital de Lidia, algunas mugeres sobresalientes por su her-

mosura, y reunidas en un sitio, estaban destinadas á hacer averiguaciones sobre las delicias del gusto, y sobre las diversas especies de deleite; Samos vió formar dentro de sus muros un establecimiento igual; y *las flores* de esta ciudad fueron tan famosas como las de Lidia. Este era el nombre que se daba á estas sociedades en que la juventud de uno y otro sexo, dando y recibiendo lecciones de intemperancia, pasaba los dias y las noches en fiestas y desórdenes. La corrupcion se propagó á los demas ciudadanos, y fué funesta á sus descendientes. Tambien se dice que los descubrimientos de Samos pasaron insensiblemente al resto de la Grecia, y corrompieron en ella las costumbres.

Entre tanto habiendo muchos habitantes de la isla que hablaban contra estas innovaciones perjudiciales, Policrates los mandó embarcar en una armada que debia juntarse á las tropas que Cambises, rey de Persia, llevaba á Egipto, pensando que moririan en el combate, ó á lo menos que Cambises los detendria para siempre en su ejército. Sabedores de su intencion, resolvieron prevenirle, y librar á su patria de una esclavitud ignominiosa; y así en lugar de ir á Egipto, volvieron á Samos, pero fueron rechazados; y habiendo vuelto algun tiempo despues con tropas de Lacedemonia y de Corinto, no les salió mejor esta tentativa que la primera.

Parecia que Policrates no tenia ya que desear: todos los años de su reinado, y casi todas sus empresas se habian señalado con prosperidad. Sus pueblos se acostumbraban al yugo; se creian felices por sus victorias, por su fausto, y por los soberbios edificios erigidos por sus cuidados á expensas suyas. Tantas imágenes de grandeza le adherian á su soberano, le hacian olvidar la muerte dada á su hermano, el vicio de su usurpacion, sus crueldades y sus perjurios. El mismo no se acordaba ya de los sabios consejos de Amasis, rey de Egipto, á quien hacia tiempo le unian los vinculos de la hospitalidad. «Vuestras prosperidades me espantan, escribia en una ocasion á Policrates: deseo á los que miro con interés, una mezcla de bienes y de males; porque una divinidad zelosa, no sufre que un mortal goce de felicidad inalterable. Tratad de buscar algunos trabajos y reveses para oponerlos á los favores obstinados de la fortuna.» Sobresaltado Policrates con estas reflexiones, resolvió asegurar su felicidad con un sacrificio que le costase algunos momentos de pesar. Llevaba en el dedo un anillo de oro con una esmeralda, en la que Teodoro, de quien hemos hablado ya, habia grabado no sé qué asunto*; obra tanto mas

* Segun S. Clemente Alejandrino, este anillo representaba una ra. Esto importa poco. Pero se puede notar con qué atenciu

preciosa, cuanto el arte de grabar en piedra estaba todavia en su infancia en la Grecia. Se embarcó en una galera, se apartó de las costas, arrojó el anillo al mar, y algunos dias despues se le entregó uno de sus oficiales, el cual le halló en el vientre de un pez. Dió al punto aviso de esto á Amasis, quien desde este momento rompió toda comunicacion con él.

Por fin se verificaron los temores de Amasis; pues cuando Policrates meditaba la conquista de la Jonia y de las islas del mar Egeo, logró un sátrapa vecino á sus Estados, y sujeto al rey de Persia, llevarle á su gobierno, y despues de haberle hecho morir entre horribles tormentos, mandó atar su cuerpo á una cruz levantada en la cima del monte Micala, en frente de Samos*.

Despues de su muerte, experimentaron sucesivamente los habitantes de la isla todas las especies de tiranías, la de uno solo, la de los ricos, la del pueblo, la de los Persas y de las po-

conservaban los Romanos los restos de la antigüedad. En tiempo de Plinio se enseñaba en Roma en el templo de la Concordia una sardonix, que se decia ser el anillo de Policrates, que se guardaba en una cajita de oro; este era un regalo de Augusto. Solino da tambien el nombre de sardonix á la piedra de Policrates; pero se ve por el testimonio de algunos autores, principalmente de Herodoto, que era una esmeralda.

* Murió Policrates cerca del año 522 antes de J. C.

tencias de la Grecia. Las guerras de Lacedemonia y Atenas, hacian prevalecer alternativamente entre ellos ó la oligarquía ó la democracia. Cada revolucion saciaba la venganza de un partido, y preparaba la venganza del otro. Manifestaron el mayor valor en aquel famoso asedio que sufrieron por nueve meses contra las fuerzas de Atenas reunidas bajo el mando de Pericles. Su resistencia fué obstinada, sus pérdidas casi irreparables; consintieron en demoler sus murallas, en entregar sus naves, en dar rehenes, y pagar los gastos de la guerra. Los sitiadores y los sitiados señalaron igualmente su crueldad en los prisioneros que hacian. Los Samios les sellaban en la frente con la figura de un mochuelo, y los Atenienses con la de una proa de navío*.

Sacudieron despues el yugo, y volvieron á caer en poder de los Lacedemonios, quienes desterraron á los partidarios de la democracia. En fin los Atenienses dueños de la isla, la dividieron hace cuatro años en dos mil porciones, repartidas por suerte entre otros tantos colonos encargados de cultivarlas. Neocles era uno de ellos; y fué allá con su muger Querestrata. Aunque no tenían mas que unos bienes medianos, nos obligaron á aceptar su hospedage; y sus atenciones y las

* Las monedas de los Atenienses representaban ordinariamente un mochuelo; y las de Samos una proa.

de los habitantes prolongaron nuestra mansion en Samos.

Unas veces pasábamos el brazo de mar que separa la isla de la costa de Asia, y nos divertíamos en cazar en el monte Micala; otras íbamos á pescar á la falda de este monte, hácia el parage en que los Griegos ganaron á Xerxes aquella famosa victoria que acabó de asegurar el reposo de la Grecia*. Durante la noche teníamos el cuidado de encender teas, y multiplicar hogueras; con cuya claridad, que se reproducia en las aguas, se acercaban los peces á los barcos, y caian en nuestras redes, ó cedian á nuestras armas.

Entre tanto Estratónico cantaba la batalla de Micala, y se acompañaba con la cítara; pero á cada paso le interrumpian, porque nuestros barqueros estaban empeñados en contarnos los pormenores de esta batalla. Todos hablaban á un tiempo, y aunque en medio de las tinieblas fuese imposible distinguir los objetos, nos los mostraban, y dirigian nuestras manos y nuestras miradas á diversos puntos del horizonte. Aquí estaba la escuadra de los Griegos, y allí la de los Persas. Los primeros venian de Samos; se acercan, y veis aquí que huyen las galeras de los Fenicios, y las de los Persas se salvaron bajo este

* El año 479 antes de J. C.

promontorio, cerca de aquel templo de Ceres, que veis delante. Saltan en tierra los Griegos, y se quedan atónitos al ver allí el ejército innumerable de los Persas y de sus aliados. Venia capitaneado por un tal Tigranes, quien desarmó un cuerpo de Samios que tenia consigo, porque les tuvo miedo. Los Atenienses embistieron por este lado, los Lacedemonios por aquel, y se tomó el campamento. Huyó la mayor parte de los bárbaros, y se puso fuego á sus naves. Fueron degollados cuarenta mil soldados, y Tigranes con ellos. Los Samios habian empeñado á los Griegos á que persiguiesen la escuadra de los Persas; los Samios habiendo hallado armas durante el combate, cayeron sobre los Persas; á los Samios debieron los Griegos la victoria mas señalada que han ganado á los Persas. Al hacer estas relaciones saltaban nuestros marineros, tiraban al aire sus gorros, y daban gritos de alegría.

La pesca se hace de varios modos. Unos pescan con sedal; así se llama una caña larga, en que se ata una cuerda de crines de caballo, terminada en un anzuelo de hierro, en el cual se pone el cebo. Otros atraviesan diestramente los peces con dardos de dos ó tres puntas, llamados harpones ó tridentes; otros en fin los enredan en diferentes especies de redes, algunas de las cuales tienen plomos abajo, para que caigan en

el mar, y corchos arriba, para que naden en la superficie.

Nos divirtió mucho la pesca del atun. Se habia echado á lo largo de la ribera una red muy larga y ancha. Fuimos allá al amanecer. Reinaba una calma profunda en toda la naturaleza. Uno de los pescadores echado en una peña inmediata, tenia la vista fija en las olas casi transparentes, cuando divisó una tribu de atunes que seguia tranquilamente las vueltas y revueltas de la costa, y se iba metiendo en la red por una abertura hecha á propósito. Advertidos de ello sus compañeros, se dividieron en dos filas, y mientras unos tiraban de la red, otros daban golpes con los remos en el agua, para impedir la fuga de los prisioneros, los que eran muchísimos, y algunos de enorme tamaño: uno de ellos pesaba cerca de quince talentos*.

Cuando volvimos de nuestro viage á las costas de Asia, encontramos á Neocles ocupado en los preparativos de una fiesta. Querestrata, su muger, habia parido pocos dias antes, y acababa de poner nombre á su hijo, que era el de Epicuro**.

* Cerca de setecientas setenta y dos libras de peso: (cerca de 33 arrobas de España.)

** Este es el famoso Epicuro, nacido en el arcotado de Sosigenes, el año 3º de la olimpiada 109, el 7 de gamelion, es decir, el 11 de enero del año 342 antes de J. C. En el mismo año nació Menandro.

Acostumbran los Griegos en estas ocasiones convidar á comer á los amigos. El concurso fué numeroso y escogido. Yo estaba á una punta de la mesa, entre un ateniense que hablaba mucho, y un samio que no decia palabra.

Fué estrepitosísima la conversacion entre los demas convidados; en nuestro lado al principio fué vaga y sin objeto, despues mas sostenida y seria. No sé con qué motivo se habló del mundo y de la sociedad. Despues de algunos lugares comunes, dirigieron la palabra al samio, quien respondió: me contentaré con referiros el modo de pensar de Pitágoras: compara este la escena del mundo á la de los juegos olímpicos, adonde unos van á lidiar, otros á comerciar, y otros solamente á ver. Del mismo modo, los ambiciosos y los conquistadores son nuestros lidiadores: la mayor parte de los hombres cambia el tiempo y el trabajo por los bienes de fortuna; y los sabios, tranquilos espectadores, lo examinan todo, y callan.

Al oír estas palabras, le miré con mas atencion, y noté en él un semblante sereno y grave. Vestía una ropa tan blanca como limpia. Le ofrecí sucesivamente vino, pescado, vaca, y un plato de habas; pero nada de esto admitió; y solo bebia agua, y comia yerbas. El ateniense me dijo al oído: ese es un rígido pitagórico; y levantando luego la voz, dijo: hacemos mal en comer estos peces, porque al principio nosotros habi-

tábamos como ellos en el seno de las aguas: nuestros primeros padres fueron peces; y esto no se puede dudar, pues lo dijo el filósofo Anaximandro. El dogma de la metempsicosis me causa escrúpulos sobre el uso de la carne: quizá seré yo antropófago cuando coma de este buey. Por lo que toca á las habas, son la sustancia que mas participa de la materia animada, cuyas particillas son nuestras almas. Tomad las flores de esta planta cuando empiezan á negrear; ponedlas en un vaso que metereis debajo de tierra: quitadle la cubierta noventa días despues, y hallareis en el fondo del vaso una cabeza de niño: Pitágoras hizo este experimento.

Comenzaron todos á dar carcajadas á costa de mi vecino, que continuaba en su silencio. Mucho os estrechan, le dije yo. Bien lo conozco, me respondió; pero no responderé: haria mal en tener razon en este momento: refutar sería-mente las cosas ridículas, es una ridiculez mas. Pero con vos no corro peligro alguno: sé por Neocles los motivos que os han obligado á emprender tan largos viages; sé que amais la verdad, y no me negaré á manifestárosla. Acepté su oferta, y despues de comer tuvimos la conversacion siguiente.